

DG Alina Montanaro  
Coordinadora Académica  
Carrera de Diseño Gráfico  
y Comunicación Visual UCES.

## DE PROCESOS DE DISEÑO

A los docentes, la instancia de evaluación nos permite comprender e interpretar el proceso de enseñanza-aprendizaje a través de información cualitativa para medir y cuantificar los resultados obtenidos como información cuantitativa. Y no menos importante nos acerca un feedback que nos servirá para mejorar las planificaciones de enseñanza y aplicarlas en el curso.

El problema surge cuando la enseñanza se centra en la evaluación, o sea que se ejercita (por parte del alumno) y se enseña (por parte del docente) para poder evaluar.

El aula es una rica experiencia, una posibilidad de que los alumnos adquieran competencias que luego les servirán como insumos, para que experimenten y se arriesguen, para que busquen innovar y dar respuestas superadoras. El aprendizaje debe exceder a los objetos de conocimiento involucrando a los sujetos, sus aspiraciones, sus ideales y su visión de la realidad para no ser meramente reproductor de lo ya consensuado.

Cuando un alumno percibe que en un curso el docente hace foco en los resultados, en general se alinea con esa visión, y realiza un aprendizaje ajustado a aquello que va a ser enseñado, no se permite preguntarse sobre otras posibilidades, ni formar un criterio propio, o sea que también aprende para poder ser evaluado o como ellos expresan “para conformar al docente”.

La evaluación tiene numerosas finalidades, de acuerdo al caso, y entre las más importantes po-

driamos mencionar la finalidad de diagnóstico, la finalidad de pronóstico, la finalidad de selección y la finalidad de acreditación. Por supuesto una finalidad no es excluyente de otras y en general cuando pensamos en una instancia de evaluación dentro del marco institucional de una Universidad estamos pensando en una evaluación que debería ser formativa en todos los casos y de acreditación en algunos de ellos.

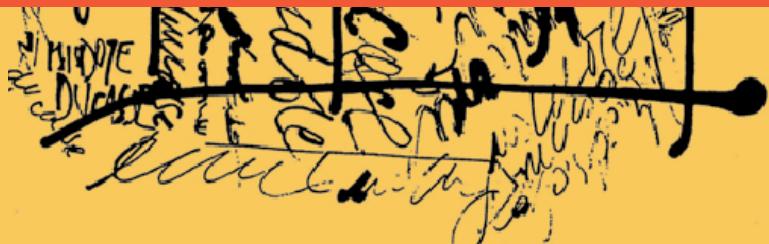
De acuerdo a los criterios que manejan estudiosos de los procesos de aprendizaje como Camillo ni, el valor social que se atribuye a una evaluación pone de relevancia una función si se quiere simbólica que implica el cierre de una etapa o proceso, pero esta instancia es mucho más que



ILUSTRACIONES: VANINA CASELLA. ALUMNA UCES CARRERA DE DISEÑO



## DE PROCESOS DE DISEÑO



luando. Podemos afirmar que aquel docente que no explicita los criterios por los cuales ha juzgado correcto o incorrecto un trabajo realizado (sea o no este objeto de una evaluación) arrastra al alumno a concluir que: “el conocimiento es un proceso que no le pertenece”, que “no tiene derecho a conocer los fundamentos y razones del juicio que ha emitido su profesor sobre su tarea” en función de su calidad de aprendiz y que hay cosas que “con mayor probabilidad lo pueden ayudar a obtener buenas notas o, cuanto menos, aprobar con ese docente” en función de realizar lo que ellos “han descubierto que le agrada”. Se produce así un corrimiento del sentido del aprendizaje pues la especulación lleva a los alumnos a “dejar de aprender que valor tiene lo que aprenden, qué es lo que no saben, qué otro conocimiento puede ayudar y qué deberían hacer para saber” (Celman, 1998).

Perdemos así la posibilidad de capitalizar una de las funciones más interesantes de esta instancia de aprendizaje, que es la función formativa, pues creemos que “la evaluación ha de ser útil, es decir, debe ayudar a los individuos implicados (profesores y alumnos principalmente) a identificar y examinar los aspectos positivos y negativos de su proyecto educativo” (García, 2001).

De igual modo, las escalas de calificación también resultan ser desconcertantes para el alumno ya que no se encuentran predefinidas en cuanto a qué indican en cada caso -como rendimientos

o desempeños- los valores que se asignan. Se dice que “un instrumento de evaluación es válido cuando evalúa lo que se pretende evaluar con el (...) se requiere entonces información acerca de los criterios que han presidido su construcción y su administración” y que “la confiabilidad de un instrumento depende de su estabilidad, su exactitud y su sensibilidad (...) la objetividad que supone que la evaluación es independiente de la persona que evalúa, esto es, que los resultados reciben una interpretación similar de diferentes docentes” (Celman, 1998).

Algo, esto último, que es posible corroborar no ocurre en reglas generales en nuestra disciplina. Una reflexión que nos debemos.

### BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Camilloni, Alicia: La calidad de los programas de evaluación y de los instrumentos que la integran. En Camilloni, Alicia; Celman, Susana y otros: La evaluación de los aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1998. p. 68.

Celman, Susana: ¿Es posible mejorar la evaluación y transformarla en herramienta de conocimiento?. En Camilloni, Alicia; Celman, Susana y otros: La evaluación de los aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1998. p.61.

García, Carlos Marcelo: El proyecto docente: una ocasión para aprender. Universidad de Sevilla. 2001. p. 74.